

Ricardo A. Latcham.

## INTERPRETACION DE MAQUIA- VELO

LA OBRA (1)

**R**ESULTARIA pedantesco el intento en el estrecho margen de una disertación, de abarcar todo el poderoso desarrollo de la obra maquiavélica. Este hombre tan discutido y sagaz desenvolvió una labor variada y que pasa del arte puro a la definición de los tópicos políticos. Maquiavelo resulta hoy un curioso intérprete de asuntos que día por día se presentan a la atención de los tratadistas que definen posiciones ante formas de gobierno post bélicas. Nada nuevo parece haber pasado por la mente política. Idénticas circunstancias, procesos paralelos, situaciones análogas a las que fijó certeramente Maquiavelo en sus comentarios a Tito Livio y en su inmortal *Príncipe*.

El pesimismo asoma constantemente en las páginas doctrinales del florentino. Por todas partes circula fi-

---

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

namente un aliento frío, disolvente a veces, y no siempre benévolo para con la naturaleza humana. «La naturaleza humana no es perfecta»—escribe en el Capítulo XV de *El Príncipe*—y con esta razón se extiende en justificaciones sobre los defectos del soberano. Cuando trata de la provisionalidad de la palabra empeñada lo hace sirviéndose de idéntico argumento: «Si todos los hombres fuesen buenos, me guardaría muy bien de dar este precepto», añade con fría y sideral lumbre.

Papini compuso un florilegio de frases maquiavélicas que definen bien su posición relativista. Los hombres estiman más el sentido que el honor, «la naturaleza de los hombres es ambiciosa», «los hombres se corrompen como lo más», «los hombres son más prontos al mal que al bien.» Nietzsche apura más tarde tal concepto peyorativo de la naturaleza humana.

Se ha visto una analogía con los razonamientos de Pascal en esta admirable proposición maquiavélica:

La mayoría de los hombres se nutre tanto de lo aparente como de lo real y a veces se mueve más por las cosas aparentes que por las reales.

Agrega:

Los hombres no saben ser ni del todo buenos ni del todo deleznable.

Y todavía añade:

Los hombres no saben ser honorablemente tristes y perfectamente buenos, y como una tristeza entraña una grandeza o es en algún sentido generosa, ellos no la saben captar.

Amargas verdades en que podemos gustar un sabor pascaliano. ¿No recuerdan acaso tales apotegmas los lúcidos destellos del genio de Port Royal?

Para entender toda la hondura vasta de Maquiavelo he espigado en su pensamiento y he recogido estas flores sombrías

El hombre del Renacimiento no es mejor ni peor que otros hombres de la historia, pero en tales sugerencias realistas habría que buscar el comienzo de una moral nueva. Maquiavelo desarrolla con tino su teoría del hecho consumado, de la «verdad efectiva», de la concreta y despiadada realidad. No es posible en sus páginas encontrar el dualismo pascaliano del Ángel y la Bestia, cuya existencia mueve al pensador francés a estimular al ángel en su lucha por Dios. Maquiavelo, al revés, se sirvió del hombre tal cual es para el beneficio de la República tal cual le gustaba. Su ideal es cívico (la ciudad—la República—el Estado) y nunca se interesa por redimir a la condición humana de su fondo insobornable. Entre Pascal, vocero de una forma cristiana del pensamiento, y Maquiavelo, se abre el abismo de dos contrarias posiciones ante el mundo. Hermanos en pesimismo, yerguen posturas antagónicas, que no obstante se completan.

Pagano absoluto, el Maquiavelo es un afortunado antepasado espiritual del contemporáneo Maurras, febril ideólogo de la Acción Francesa y estímulo ardiente de los reaccionarios que colocan a la fuerza y al poder como la meta suprema de la política. La diferencia existe, no obstante.

Su glorificación del Estado y su desprecio mal disimulado a la Iglesia Católica, a la cual culpa de muchos males, lo colocan en tal sentido como un escritor paralelo a los modernos sectarios de la Acción Francesa, que sólo buscaron a Roma mientras ofrecía un punto de apoyo político a su concepción del poder.

Giuseppe Ferrari dice de Maquiavelo:

La monarquía de Maquiavelo es fundada en la razón de Estado; y aun cuando habla de la República se dirige al le-

gislador, al conspirador; mas nunca a la multitud. Verdadero iniciador, podría decirse que imita a los sacerdotes antiguos cuando confía su secreto político a unos pocos escogidos que no podrán confiarlo a los profanos sin perderlos. Su fidelidad es, pues, el éxito con la condición del silencio y del misterio; pero su genio, más poderoso que su intención, lo lleva al público, divulga sus secretos, transforma su ciencia misteriosa en una espléndida y escandalosa sátira de las ventajas de la mentira y de los inconvenientes de la verdad. Así Maquiavelo, sin proponérselo, realiza una obra fatal: hace guerra a las religiones que quiere ver respetadas y destruye la autoridad que quiere ver protegida.

Por radical que sea tal juicio entraña elementos de verdad. El maquiavelismo es un tópico perpetuo, por su sentido realista y por la ondulante perspectiva que entregan sus páginas.

La teología, esa ciencia difusa, a veces clara y lógica, pero impenetrable y dúctil en ocasiones, se asemeja al pensamiento maquiavélico, cuya tortuosidad le ha dado muchas interpretaciones radicales y brutalistas. La mala fama de *El Príncipe* débese tal vez a su destino oculto. Estaba destinado a ser una instrucción secreta y circunstancial, *ad usum* de César Borgia o de Lorenzo de Médici.

Esta fatalidad persigue al *Príncipe* y desfigura el verdadero sentido del pensamiento maquiavélico. Quien vea en el sutil florentino a un falsario, a un adulator de los poderosos, a un simple histrión, está muy atrasado con respecto a su significación. Su epistolario, fértil en chanzas y en doble sentido, registra una declaración sobre la mentira que ha servido para presentarlo mal. Se refiere a las mentiras de ciertos frailes carpenses y expresa esto:

En cuanto a las mentiras de los frailes, yo me puedo medir con todos ellos, porque hace ya tiempo me doctoré en tal calidad... porque ya no digo nunca lo que creo, ni creo nunca en lo que digo y si por acaso digo algunas veces la verdad, la escondo entre tantas mentiras que resulta difícil encontrarla.

En el *Epistolario* y en sus *Historias florentinas* se cogen muchos aspectos que aclaran al pensador. Su estilo es inferior allí al que ostenta en sus tratados políticos. Se torna pomposo, a veces pedante, en ocasiones doctoral. El brillante animal político que domina en él sólo anima su pluma cuando entra en discursos políticos, cuando salta de la narración al certero pincelazo interpretativo. Con todo en las *Historias* es amanerado y sale de su nervio vital para perderse en divagaciones pomposas y en un desgano evidente. No hubo manera de conciliar su obra parcial e interesada con la «verità effettuale». De ahí el tono que diferencia tal escrito de las otras páginas donde esplende su facundia renacentista y su prosa toscana, sacada del corazón mismo de la vida.

No obstante, en descargo suyo habría que decir algo más. En ciertas partes abandona el tono parcial y arroja cierta luz desfavorable a personajes y actos de la Casa Gobernante. Su concepto de la historia vacila entre la verdad y el salario que cobra por escribir. Presenta a Cosimo de Médici como un tipo fuerte, pero cruel, a Giuliano—del que es hijo natural Clemente VII— como hombre insignificante, y a Piero, de la misma casa, como a un simple burgués, lo que revela que no duerme el vigilante oteador de la precaria naturaleza humana.

En su obra cortesana admiramos hoy dos aspectos primordiales que separan a tan grande escritor de la turbamulta de los halagadores. Primero notamos una asombrosa fidelidad a los amigos, que hace decir a un historiador:

Este afecto y respeto para los íntimos se encuentra muy a menudo en su vida, y es una de sus manifestaciones psicológicas que más deben apreciarse.

Las cartas suyas, además, entregan aspectos tiernos, frases conmovedoras, pequeños toques íntimos en

que el corazón desnuda su fibra, y un amplio concepto de la fidelidad devuelve a su nombre la honra que le arrebatan muchos historiadores.

Ferrara lo retrata así:

En todos sus actos, en todos sus escritos, había deseado ocultarse a la posteridad, casi rogándola que lo dejase tranquilo. A diferencia de tantos otros, vanidosos y megalómanos, como Cicerón por ejemplo, procuró siempre ponerse bajo el peor prisma, y hasta dió con sus auto-acusaciones burlescas, materia para la crítica acerba de ligeros y vacuos acusadores. Cuando en la intimidad familiar, o por justificada satisfacción literaria, se vió obligado a decir algo personal, fuera para servir de ejemplo a sus hijos, noble acción de un padre amoroso, sea para asegurar el aprecio y la estimación de los amigos a un producto de su inteligencia, lo hizo con tanta reserva, con tanta modestia, que casi resulta conmovedor. (Ferrara, *Maquiavelo*, pág. 358.)

Tal aspecto de Maquiavelo rescata mucho de lo sombrío de la interpretación antigua. El concepto puro del intelectual debe mucho a Maquiavelo. Un hombre de ideas es, en cierto modo, un sacerdote de un culto purísimo, que no debe ni puede estar sometido a las oscilaciones del poder, a las seducciones cálidas de las cortes y al culto de los poderosos. La vida de las ideas, mientras más acendrada sea, más lejana debe estar de ese mundo oblicuo de las cancillerías.

Los gobernantes antiguos y modernos usaron a los intelectuales en aquellos momentos en que su causa necesitó del prestigio del espíritu, pero raro es el detentador de poder que, pasado el instante de la incertidumbre y afianzado su dominio material, no olvide al que puso lo mejor de su ingenio y de su cerebro al servicio del victorioso. Maquiavelo, al servir a hombres llenos de fuerza, creía realizar su anhelo pagano del Estado y creía en la realidad próxima de su sueño de estadista. Mas nunca abdicó por corrupción mental como los modernos intelectuales, que dejaron la po-

sición de la *agonía*, de la lucha cristiana, restaurada en nuestros días por Unamuno, para saltar detrás de los distribuidores de cargos y sinecuras. El intelectual cuando no es un sacerdote se convierte en un simple escribiente. El sentido de la vida, la altura moral, la independencia de carácter, el desdén a lo político en su carácter terrero y material deben ser las inquebrantables normas del hombre que maneja ideas. ¿Existe nobleza más alta y culto más puro que el de las ideas? Sin ellas no marcha un solo movimiento político, sin las vigiliias meditativas y las posiciones vanguardistas de los escritores no se mueve un sólo cimiento de las organizaciones sociales y políticas. Pero el escritor debe ser político en el sentido aristotélico, debe sentir la política sólo como una parte de su misión, porque su reino, como el del Cristo, no es de «este mundo». La política, como medio, no como fin anima al escritor y quita de sus esfuerzos esa dorada esterilidad de los hedonistas y los estetas.

En Maquiavelo encontramos un tipo completo de intelectual en su aspecto mejor. De la época renacentista cogió el sentido realista, la porción opima de ese florecimiento humanístico, pero a la vez orientó y guió a los hombres menos inteligentes que no dominaron las ideas generales. El intelectual debe ser siempre un sacerdote, y como éste no debe buscar el éxito en campos ajenos a su ministerio. Un escritor que sale del suave reino de su vida interior y se entrega a complacencias arteras y a desbordes aduladores es como un obispo que se pusiera a administrar un cabaret.

Pocos escritores presentan mejor delineado el reino del espíritu y la frontera que lo separa de su corrupción. Si el hombre aristotélico es un animal político, el intelectual entregado sólo a la política se trueca sólo en la parte peyorativa de este concepto. La literatura exclusivamente política mata al arte y hace infecunda la acción puramente intelectual.

Volvemos al concepto de sacerdocio. Un *clerc*, como dice Julien Benda al referirse al intelectual, traiciona su causa si se entrega sólo a un culto hedonista del *yo*, pero asesina al ser espiritual que lleva dentro, si no sabe separar ambos aspectos de su labor. Comprendemos que un sacerdote no sólo viva de sus misas y oraciones, de sus bautizos y de sus matrimonios, pero un sacerdote tiene prohibido por el Derecho Canónico el especular en la Bolsa. Un intelectual de hoy que crea más noble ser ministro o esté en postura permanente de candidato es más repugnante que un presbítero en tratos con un tenedor de Llagunas o Disputadas.

Maquiavelo, tan calumniado como intelectual, devuelve su sentido a este concepto. Nunca se abate ante los tiranos y si alguna vez los sirve, sólo es en un aspecto funcionario que no le resta independencia en sus grandes obras. Condena con frases de fuego a los tiranos y señala, entre otros, a Julio César como ejemplo, sometiéndolo a un parangón con Escipión, al que halla superior. Movido por una personal idea de la Historia de Roma, considera a César destructor de la libertad romana y lo condena con frases flageladoras.

Un Estado corrompido no puede conquistar las libertades públicas. Esta parte del pensamiento maquiavélico es originalísima. En la Roma austera los disturbios sólo fueron un fermento de estímulos y de mejoras. Los disturbios y los motines populares revelaban energías cívicas acendradas y removían las capas de la población, dejando a la vista lo podrido y separando el oro del lodo.

En cambio—añade Maquiavelo—en los estados corrompidos, donde la médula de la administración está herida por venenos disolventes, el menor ataque al orden aparente destruye los fundamentos del Estado. Las buenas leyes, en tales casos, no sirven y su efecto se diluye. Sólo una mano enérgica y honrada, sólo un completo hombre de Estado puede usar violentamente

el cauterio legal hasta que el medio corrompido mejore. En esta parte de su obra, el Maquiavelo se anticipa al concepto moderno de que la libertad se adquiere con el uso de ella. La práctica constante y no súbita, por medio de una borrachera libertaria, crea una atmósfera propicia a su cultivo intenso y sincero. ¡Cuántas veces no vemos que las pseudo-democracias no son sino el plagio más estólido de un verdadero estado libre! ¡Y cuánto más propicio a un despertar de la conciencia colectiva no es un régimen de fuerza que un letargo de las fuerzas vivas dominadas por un democratismo mal entendido!

La democracia, por lo que toca a América, ha sido más una doctrina en potencia que en acto, esto es interpretada según la fórmula escolástica. Para Maquiavelo toda reforma debía ser sagaz, graduada, lenta. La ruptura con el pasado tendría que moverse cautelosa y finamente.

Quando se reforma el gobierno de un Estado para el bien general, es preciso no cambiarlo todo, sino por lo menos mantener la apariencia de las antiguas formas. Porque muchos hombres se satisfacen más con las apariencias que con la realidad. La regla de mantener los nombres viejos a las cosas nuevas, debe ser seguida por todo aquel que quiere liberalizar un Estado, porque todas las novedades excitan la mente de los hombres y los llevan a exageraciones. Los nombres que se dan a las magistraturas públicas deben ser los mismos, aun cuando se alteren radicalmente sus funciones, su autoridad, su número y la duración del tiempo en servicio.

Es admirable el relativismo que guía en un paseo meditativo y agudo por la época antigua a Maquiavelo. Escarmena el significado de la dictadura y ve que, en un principio, fué la magistratura legal del tiempo republicano. Más tarde, los usurpadores del poder malogran este nombre de significado originario muy noble.

Para explicarse aún más claramente el carácter de la obra de Maquiavelo es preciso leer un párrafo suyo, citado por Pasquale Villari en el tomo II, pág. 129 de su libro *Nicoló Machiavelli e i suoi tempi*:

Venuta la sera, mi ritiro a casa ed entro nel mio scrittoio, ed in sul'uscio mi spoglio quella veste contadina, piena di fango e di loto, e mi metto panni reali e curiali, e rivestito condecientemente, entro nelle antichi corti degli antichi uomini, dove, da loro ricevuto amorevolmente, mi pasco di quel cibo che *solum* è mio, e chi io nacqui per lui; dove io non mi vergogno parlare con loro e domandare della ragioni delle loro azioni, e quelli per loro umanità mi rispondono; e non sento per quattro ore di tempo alcuna noia, sdimentico ogni affano, non temo la povertá, non mi sbigottisce la morte, tutto mi trasferisco in loro.

Un hombre que habla así, que siente de un modo tan puro e integral el amor de los libros y de las ideas, revela un alma poderosa y sedienta de horizontes. Tal hombre, llevado y traído en alas del renombre, va quedando hoy entre las figuras decisivas de la historia. Su brillo no se desluce por sus flaquezas y su cálido estilo tendrá siempre actualidad. El intelectual de verdad, no el amante de las entelequias y de las sutilezas, siempre podrá mirar a esa aparente esfinge y quien nace con los ojos abiertos como él tendrá toda vez la virtud de desgarrar las tinieblas íntimas de los seres de hoy, de estos intelectuales y hombres de ahora, no menos débiles a pesar de los gigantescos progresos materiales. El insobornable mundo del espíritu permanece idéntico desde el Renacimiento y todos los esfuerzos por aportar nuevas concepciones de la política no sorprenden con nada nuevo al sutil y sonriente secretario. Su secreto, su gran secreto es el maquiavelismo perpetuo, que permite en sus escritos ver el origen de futuras naciones y hasta de imperialismos a la vez que nos da la receta poderosa para corroer las más prepotentes y autoritarias fórmulas del poderío.

Invitar a su estudio, empujar un poco de entusiasmo en vosotros ha sido mi despropósito al solicitar atención para estas páginas débiles, que son hojas desprendidas de apuntes de viaje. En su frecuentación se aprenderá mejor a conocer la fluctuación seductora de su estilo, y el mejor premio de mi desvelo se hallará en una lectura abierta que provoquen. Reanudo mis agradecimientos a esta Universidad joven de espíritu y única en Sud América por el estímulo que da a los intelectuales y espero que el fruto de nuevas vigiliass se entregue más depurado a vuestra atención. (1)

BIBLIOGRAFIA

- ORESTES FERRARA.—*Maquiavelo*.—La Habana, 1929.  
ORESTES FERRARA.—*The Private Correspondence of Nicolás Machiavelli*.—New York, 1929.  
PAPINI.—*Lettere di Machiavelli*.—Carabba, 1915.  
MANUEL REVENTÓS.—*Estudio sobre Maquiavelo*. *Revista de Catalunya*. N.º 42. Diciembre, 1927.  
JANET.—*Historia de las ideas políticas*.  
FRANCISCO OLGIATI.—Artículos en *La Civiltà Cattolica*, 1928.  
MACAULAY.—*Ensayo sobre Maquiavelo*.  
DUBRETON.—*Le Machiavellisme Perpetuel*.—París.  
ALEJANDRO MANZONI.—*La Moral Católica*.—Apéndice al Capítulo Terecro.  
CHARLES BENOIST.—*Le Machiavellisme*.—París, Plon, 1907.  
BENEDETTO CROCE.—*Elemento di Politica*.  
FRANCESCO ERCOLE.—*La Politica di Machiavelli*.—1926.  
ORESTE TOMMASINI.—*La vita e gli scritti di Nicolás Machiavelli nella loro Relazione col Machiavellismo*.—Roma, 1883.  
PASQUALE VILLARI.—*Nicoló Machiavelli e i suoi tempi*. Hoepli, 1927.  
ETTORE JANNI.—*Machiavelli*. Cogliati, Milano, 1927.  
FRANCESCO DE SANCTIS.—*Storia della Letteratura Italiana*.—Capítulo XV.  
GIUSEPPE PREZZOLINI.—*Nicoló Machiavelli*.—1927.

(1) Este trabajo fué leído por su autor en la Universidad de Concepción.